

de Stéphan Courtois. Los nombres de Goldnadel y Piralian, respectivamente penalista fundador de «Abogados sin Fronteras» y psicoanalista experta en las víctimas de los genocidios, pueden causar extrañeza, por la coloración de sus ejecutorias, distantes de la del autor; pero al mismo tiempo muestran cómo éste no ha querido excluir ningún ángulo de consideración a la hora de tratar el argumento de la memoria histórica. Alguna distinción sería precisa, sin embargo, a este propósito. Pienso, por ejemplo, en las interesantes consideraciones vertidas por Giovanni Turco en uno de los volúmenes de los *Anales de la Fundación Elías de Tejada* (cfr. «Memoria histórica y axiología historiográfica», 2008, pp. 241 y ss). Consta –además– de dos partes, la primera dedicada a presentar el *status questionis* del genocidio vandeano veinticinco años después de su libro, y la segunda centrada en el nuevo concepto de «memoricidio». Y lo completan dos anejos y una bibliografía.

Lo que Estanislao Cantero ilustró en su notable libro *La contaminación ideológica de la historia* (Libros Libres, Madrid, 2009) resulta un problema perenne de la cultura contemporánea. Revisar los mitos que la ideología ha levantado y esparce, entre otros instrumentos, a través de la historiografía, resulta siempre necesario. En estas páginas estamos siempre atentos a la historia política del mundo hispánico. Pero no deja de ser interesante contrastarla con lo ocurrido fuera de sus fronteras. En este sentido, conocer el genocidio vandeano resulta extremadamente útil. Por eso, hemos querido ofrecer a nuestros lectores esta nota de un libro en verdad notable, por más que discutible en algunos de sus extremos, en particular los relativos al que llama «memoricidio».

M. ANAUT

**PÉREZ VEJO, Tomás, *Elegía criolla*, Tusquets, México D.F., 2010.**

El autor de este libro, Tomás Pérez Vejo, consagrado historiador y docente universitario, nació en la montaña de Castilla, en la Cantabria. Es, pues, un ibérico, un «peninsular» y en la ya antañona jerga

de la independencia indiana, un «chapatón», un «chapulín», un «pelucón». Engrosa, pues, las ralas filas de los españoles peninsulares que hablan de España como una comunidad política dentro de la cual todos sus integrantes, todos los individuos pero también todos los reinos federados, son merecedores de una misma consideración de igual rango. Por eso, alistado en ese hoy escueto grupo, no siente empacho en hablar de España en América no como algo exclusivamente del pasado: si España es algo hoy, lo es tanto o tan poco a un lado como al otro del Atlántico. Ni los ibéricos somos más españoles ni los americanos lo son menos. No hay continuidad entre las viejas Españas (la monarquía hispana o el imperio, como se prefiera, tanto da) y el reino llamado «España» que adquiere su fisonomía territorial pero también política tras la independencia de América. O si se prefiere, materialmente hay una continuidad, pero no es mayor que la que se establece entre aquella vieja monarquía española y cada una de las fragmentarias repúblicas americanas. En esa dirección recojo una, profética, de las muchas atinadas citas que recopila este libro, este caso de Antonio Annino:

«Cuando un imperio colapsa nadie es el heredero legítimo de la soberanía de la corona, ni siquiera las nuevas instituciones representativas que se apegan al principio de nacionalidad. La acefalía del todo se extiende entonces hasta la última parte que se emancipa, dejando luego en herencia un serio problema de gobernabilidad».

Interesantemente, el libro que reseñamos lleva por subtítulo un envite poco común y gallardo: «Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas».

De rigor es, pues, exaltar la valentía de este texto, autorizada voz a contracorriente frente al sentido de la historiografía oficial en ambas orillas. El autor está dotado de un estilo directo y ágil en el que predomina siempre la síntesis explicativa sobre la profusión de datos, que son, sin embargo, abundantes y sorprendentes. Lógicamente, el tema del significado y el desarrollo de la comunidad política hispana, su declive y su eclipse, pero también su improbable y cierta perduración es tan amplio, tan profundo y tan poliédrico que «la mies es mucha y los operarios escasos». Lo cual conlleva que,

estando en el fondo de acuerdo (¡exultando en no pocas páginas en las que el reconocimiento es conmovedor!) pudieran plantearse matices y aun divergencias (por ejemplo el concepto de soberanía que subyace en la cita anterior) que, comparadas con la valiosa aportación de este trabajo no merecen aquí más que esta mención «de pasada». La *pietas* no es nunca sólo un ejercicio de rememoración del pasado: es un acto de justicia en el presente y para no ser una coartada de la hipocresía requiere esclarecer la responsabilidad presente. En ese sentido, encuentro que este libro, sin incurrir en erróneas exaltaciones ideológicas, ofrece el ingrediente fundamental para el cultivo de esa piedad patria: el conocimiento del ser de nuestra comunidad política y no la vana y estridente lisonja nacionalista.

Es una pena que este importante libro no haya tenido distribución en la vieja España, en cuyas anodinas librerías creo que no ha sido expuesto ni puesto a la venta. En los hombres la segunda naturaleza de la costumbre del tiempo presente tiende a oscurecer la primera naturaleza, inalterada y permanente. Tendemos por ello a pensar que política es principalmente la participación en la gestión del poder público. Pero eso es algo reservado a pocos. Somos, sin abdicación posible, políticos y sociales por naturaleza, por respiración. En tiempos como estos, en los que las verdades políticas más elementales yacen ateridas y ensombrecidas en el fondo de las mazmorras de la moderna ortodoxia pública, sigue siendo necesario cooperar y conspirar para ordenarnos al bien común. Sin pretensión de agotar en ello la acción política posible, es pues apremiante echar mano de los instrumentos básicos para reconstruir una recta conciencia de la comunidad política, para recomponer el armazón de una amistad social y pública. Por eso, recomiendo la lectura de «Elegía criolla», porque estimula la inteligencia y el corazón para sacudirmos los tópicos antihistóricos y antipolíticos y pone ante nuestros ojos un atisbo de la grandeza de nuestra patria, sin patrioterismos ni nacionalismos: la conspiración misional de la monarquía que fue indiana por católica, universal.

J. A. ULLATE FABO